

EL VODU. SU IMPRONTA EN LA CULTURA RELIGIOSA CUBANA.

Autoras: Lic. Yalexty Castañeda Mache
Lic. Ileana Hodge Limonta.

Resumen: El Vodú, expresión religiosa traída por braceros haitianos cuyo aporte tiene particular importancia en la conformación de la cultura cubana y caribeña. El vodú haitiano en Cuba al entrar en contacto con las manifestaciones socioculturales cubanas sobre todo con su comunidad y religiosidad rural en las zonas orientales se ha ido nutriendo de nuevos aportes, reafirmando o revalorizando significados simbólicos en un nuevo contexto representacional. Aspectos generales de la organización y el ritual de estas prácticas en Cuba, se ofrecen al lector en las siguientes páginas.

La inmigración antillana en Cuba comienza su historia en las tres primeras décadas del siglo xx¹, siendo considerable la entrada de haitianos en relación con la de jamaicanos en calidad de braceros empleados como fuerza de trabajo en el sector azucarero y cafetalero de la zona oriental del país principalmente². Surgen así las llamadas “haitianadas” como se les denominó peyorativamente, las que partían desde la costa sur de Haití hacia la costa sudoriental de Cuba. Este tráfico de braceros entre Haití y Cuba estuvo controlado por contratistas haitianos que eran utilizados por las compañías norteamericana, quienes veían en estos hombres y mujeres mano de obra barata y disponible a sus intereses³.

Teniendo en cuenta la historia personal del sujeto que emigra, las diferentes motivaciones para hacerlo, así como los referentes de su realidad social que les lleva a asumir la toma de decisión de emigrar, el haitiano, apremiado por sus condiciones de vida y tentado por las ofertas recibidas por el contratista, llega a Cuba por razones económicas principalmente. Conforman desde su subjetividad una realidad que no conoce directamente y en la cual espera alcanzar una mejor situación; sin abandonar la idea del retorno una vez acumulado el dinero suficiente para vivir con su familia en Haití.

Estas oleadas migratorias que se incrementaron con el decursar de los años, como evidencia el decenio de 1921- 1930 en el cual de 153 351 inmigrantes antillanos, 114 495 fueron haitianos⁴, dieron lugar al asentamiento poblacional de comunidades haitianas principalmente en áreas que comprenden las actuales provincias Camagüey, Las Tunas, Holguín, Granma, Santiago de Cuba y Guantánamo.

1 Desde 1911 un grupo de hacendados cubanos organizó la Asociación de Fomento de la Inmigración cuyo objetivo fue la importación de braceros haitianos y jamaicanos. En el Decreto No. 23 del 14 de enero de 1913 se autoriza la entrada de trabajadores antillanos que serían empleados en las faenas agrícolas. Ver Carlos del Toro: “Algunos aspectos económicos del movimiento obrero cubano 1933- 1958” en La República neocolonial Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1976, t.1, p.248.

2 En 1912 la entrada de braceros haitianos ascendió a 1400, no se reporta en esta fecha entrada de jamaicanos. En el período de 1913- 1921 se reporta 81000 inmigrantes haitianos y 75 000 jamaicanos. Calculándose así 156 000 inmigrantes antillanos. Ver H. Pichardo “Documentos para la historia de Cuba”, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t 2 p. 369.

3 Ver de Jesús Guanche y Dennis Moreno “CAIDIJE”, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1988.

4 Ver H. Pichardo Ob. cit. t.3,p. 614.

Las dificultades con que tropieza el haitiano una vez llegado a nuestro país, les impone un problema hasta el momento no pensado: la adaptación sociocultural en el país receptor. En este sentido, este inmigrante se somete ante un nuevo sistema social y tradiciones culturales hasta cierto punto diferentes a las de su pueblo de origen, considerando de vital importancia la protección y conservación de su identidad cultural.

El haitiano despojado hasta cierto punto de su verdadera identidad como sujeto, al agruparse en las comunidades, se auxilia de un elemento unificador como lo es la lengua, excelente vehículo de comunicación que proporciona autenticidad al individuo y al grupo, enraizando sólidamente los rasgos que unen a la comunidad. De tal manera, la historia, su lengua materna empleada con familiares y amigos, el estilo de vida, las tradiciones, las costumbres, la forma de comunicación, el comportamiento, las relaciones sociales y la religión entre otros, fueron elementos que los grupos de haitianos utilizaron en términos identitarios. Esto les permitió sostener una identidad entre sus miembros y, a su vez, constituir elementos de alteridad al proporcionar la diferenciación como medio de reafirmación o autodefinición de sí mismos.

A nuestro juicio, las comunidades haitianas⁵ en Cuba han transitado paulatinamente por dos momentos que se diferencian y se complementan a la vez. La estructura ideológica de estos asentamientos sustentados en la autopercepción del inmigrante como emigrado económico principalmente, contribuyó a desarrollar en un primer momento una autoconciencia etno- cultural común respecto al resto de los antillanos⁶.

Un segundo momento puede estar marcado por el inicio de un proceso de asimilación-transculturación el cual se caracteriza por el normal intercambio sociocultural entre la comunidad de haitianos y la población cubana de las zonas rurales principalmente, surgiendo así las llamadas comunidades haitiano- cubanas como se les conoce en la actualidad. En tal sentido, aparecen nuevos rasgos etno- culturales entre sus descendientes tales como una nueva pertenencia territorial, cambio en la actividad económica, bilingüismo con tendencia al mayor empleo del español⁷, movilidad territorial hacia zonas urbanas, entre otros aspectos.

Este proceso de asimilación- transculturación que en sus inicios fue de carácter espontáneo continúa después de 1959. El proyecto humanista y de base social de la Revolución Cubana adopta estrategias de integración que benefician a los sectores y clases más desposeídos, tales como programas de educación y salud, medidas para la preparación laboral, una nueva política comunitaria, entre otros. Esto conllevó a un reconocimiento de las comunidades haitiano- cubanas como parte de nuestra historia y cultura. El haitiano ya no es visto como un objeto económico, sino como un sujeto partícipe de nuestra sociedad cubana. Es por ello que no ha de extrañar que su adaptación al contexto social cubano más que una ruptura haya constituido un reforzamiento a su espiritualidad ancestral.

Sin embargo, la conservación de sus rasgos identitarios son enarbolados en defensa de la otroriedad. En este sentido, se puede afirmar que las comunidades haitianas radicadas en Cuba constituyen entidades cerradas.

5 Actualmente, las comunidad haitiana tiende a desaparecer. Las inmigraciones de años atrás han cesado y los actuales inmigrantes son de muy avanzada edad.

6 Ver Jesus Guanche, ob, cit.

7 Ver Jesus Guanche, ob. cit. pp. 4 y 5.

El análisis de esta afirmación requiere dos niveles de reflexión. Desde el punto de vista sociopsicológico hay que tener en cuenta que este emigrado haitiano llega a Cuba en calidad de asalariado sufre una experiencia traumatizante ante la situación real que le tocó vivir en los campos del oriente cubano. Su desorientación, sus dificultades comunicativas producto de la diferencia idiomática y el rechazo a sus modelos socioculturales lo condujo a un retraimiento social que compensó al refugiarse en su grupo comunitario, a través del cual no sólo recreó, sino también sobrestimó y sobredimensionó sus rasgos identitarios.

Por otra parte, para el haitiano radicado en Cuba su religión es el tamiz a través del cual se canaliza la vida. Significa fuerza, protección, salud, enfermedad, alegría, tristeza. Es el elemento central de su concepción del mundo. Para cada comunidad haitiano-cubana, por los elementos anteriormente mencionados y como desafío ante los nuevos retos que le imponía la vida en este nuevo contexto de confrontación cultural, se hizo necesario la conservación y transmisión de esta concepción preservada en los marcos de su seno familiar. Para ello utilizaron entre sus argumentaciones, una que caracteriza su filosofía de vida: “el Vodú no se compra”.

Elementos del ritual voduísta.

El Vodú, es una creencia que está presente con mucha fuerza en la vida del ciudadano haitiano, trasciende los marcos puramente religiosos y se impregna en su espiritualidad y cultura en general. Es por ello, que entre los rasgos culturales seleccionados de manera consciente o no por los grupos de haitianos llegados a Cuba para identificarse entre ellos y diferenciarse a su vez del resto de los grupos antillanos presentes en el nuevo medio a convivir, está la religión como un factor importante. Téngase en cuenta que el vodú no sólo constituyó un movimiento religioso dentro de la cultura haitiana, sino también, fue un movimiento político, ideológico y emancipador presente en las luchas independentistas de Haití.

Vodú es un término genérico con que se conoce la creencia en los espíritus y loas, -sacro númenes, orichas o santos-. Esta fórmula religiosa haitiana ha sido creada por la síncretismo de varias ceremonias africanas, principalmente de los pueblos arará y fon del Dahomey, de los Congos y de los de Angola, conjuntamente con un catolicismo introducido por el conquistador europeo.

Utiliza como medio comunicativo el creole. Lengua nacida de la simbiosis fonolingüística producida entre el francés y las lenguas y dialectos africanos principalmente el fon y que hoy constituyen el idioma nacional haitiano y el segundo idioma extranjero, incorporado como lengua materna, más hablado en Cuba⁸.

El vodú haitiano en Cuba al entrar en contacto con las manifestaciones socioculturales cubanas, sobre todo con su comunidad y religiosidad rural en las zonas orientales, se ha ido nutriendo de nuevos aportes, reafirmando o revalorizando significados simbólicos en un nuevo contexto representacional.

⁸ Estadísticas ofrecidas por la Asociación Bannzil Kréyol Kiba, la cifra de personas que hablan perfectamente o entienden el créol en Cuba asciende a más de 4 000 cubanos. Inclusive la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de La Habana se dedica formal e institucionalmente a la enseñanza de este idioma.

En la década del 90, constatamos en diferentes comunidades haitiano- cubanas - La Caridad, Las Mercedes, la de Antilla, la de Vertientes- entre otras, que la práctica del vodú haitiano entre nativos y sus descendientes se ha ido nutriendo de rasgos diferenciables según la particularidad de la zona oriental donde se establecieron estas comunidades; así como las características de estos nuevos grupos portadores. No obstante, se destacan también algunas características generales de esta práctica voduista en Cuba.

Para los haitianos entrevistados así como sus descendientes practicantes del Vodú, este término designa lo “sagrado”, “es un poder espiritual”, “una fuerza inmaterial”, “es un espíritu, un Dios, es todo lo religioso”, como refiere un descendiente oficiante voduista de la comunidad de Vertientes en Camagüey al recordar el legado de su padre un gran houngan de esta zona.

La fuerza del Vodú para los practicantes es una fuerza que se manifiesta en diferentes dominios de la naturaleza y el cuerpo del individuo. El culto vodú es un sistema simbólico profundamente religioso en el cual el individuo a través de su interacción continua y constante con los loas puede orientarse y realizar su destino.

Las divinidades de la práctica voduista en Cuba son indiferentemente designadas bajo diferentes términos como: loas, santos, espíritus, seres invisibles. Entre los más conocidos se encuentran Legbá, Loco-Atissou, Damballah Wedo y Ayida Wedo, Marassa, Sobó, Ogún Guerrero, Ogún Batalá, Ogún del Río, Gramboá, Criminel, Ibó, Barón Samedi o Guedé, Simbí, Yodón, Ercilí ó Erzulú, esta última conforma el loa blanche, el cual lo integran una pareja de santos, deidades o divinidades.

Cada uno de estos loas, así como sus ceremonias, suelen tener un significado simbólico y diferentes modos de inferencia en la interpretación que de estos realice el creyente. No obstante, algunas representaciones simbólicas referidas por los entrevistados pudieron ser unificadas y equivalentes en nuestro análisis. Tal es el caso de los colores que designan a determinada divinidad bien sea en la vestimenta que debe llevar el loa o en el color de las aves a ofrendar. Por ejemplo, Ercilí viste de blanco y se le ofrece una pareja de palomas blancas; Criminel viste de rojo y es símbolo de violencia, bebedor, fumador y gusta del derramamiento de sangre; Ogún Batalá, esposo de Ercilí, viste de blanco y se le ofrece un pollo blanco; Ayida Wedo, esposa de Damballah Wedo, es símbolo del arcoiris y su vestimenta se representa con estos colores, entre otros.

Los practicantes del Vodú dentro de las comunidades de haitianos y sus descendientes realizan diferentes ceremonias, muchas de las cuales corresponden con momentos importantes de su ciclo vital como el nacimiento y la muerte, así como otras al estilo de ofrendas y agradecimientos a los loas o santos por alguna petición realizada. En tal sentido, podemos mencionar las ceremonias de iniciación de las hounsis, las dedicadas a los loas como la ceremonia manger loa (comida al santo), las del servicio al loa blanche dedicada sólo a los miembros de esta familia de santos, las ceremonias a los muertos y antepasados y las ceremonias adivinatorias en la cual se incluyen las consultas individuales que alcanzan notable reconocimiento entre la población creyente a consultarse, aún cuando no sean practicantes del Vodú ni descendientes de haitianos.

Las observaciones realizadas en las diferentes comunidades objeto de estudio, nos permiten inferir que las ceremonias realizadas por los practicantes vodúistas cubanos corresponden principalmente a los dioses Radá; aun cuando en el estudio de José Millet⁹ se afirma que en la región de Santiago de Cuba se mezclan en una misma ceremonia loas de los distintos agrupamientos del culto Vodú: Radá y Petró.

El houngan y la mambo conforman la principal jerarquía religiosa. El primero conocido como sacerdote vodú es respetado dentro de la comunidad religiosa y aun fuera de esta. Es el portador del conocimiento y secretos de la práctica vodúista; conoce el comportamiento en la mitología de los loas y puede penetrar en su lenguaje simbólico para que estos ofrezcan sus favores al individuo. La mambo por su parte, es la sacerdotista vodú que colabora con el houngan, preside la ceremonia e invoca a los dioses o loas.

En la conformación del templo vodú o el hounfour, como también se le conoce, se encuentran, además, las hounsis - miembros femeninos que tienen diversos niveles de iniciación-, los maestros de ceremonias, los tamboreros, entre otros.

Al interior del templo vodú se encuentran diferentes objetos rituales que integran los pequeños altares de los loas, así como figuras simbólicas que representan a estas deidades. Por ejemplo, la serpiente de Damballah, el pez como emblema solar, la luna de Ercilí, los vevers dibujos simbólicos o signos sacros trazados en el suelo con harina, tiza o ceniza, que caracteriza a cada loa, entre los principales encontrados.

El espacio simbólico donde se efectúa la mayoría de las ceremonias es el conocido peristilo. Es el salón o cobertizo techado, sin paredes. En el centro de este lugar se coloca el poteau-mitan o poste central como le nombran los entrevistados, mediante este se puede reconocer la ruta que toman los loas para llegar al mundo humano. Alrededor del mismo se realizan, por las hounsis, danzas, sacrificios, se saluda a los loas, se depositan objetos consagrados a una determinada deidad y tiene lugar la posesión del creyente.

El templo vodú constituye un patrimonio familiar y los poderes y conocimientos del sacerdote son transmitidos oralmente de generación a generación. El houngan es el facultado para elegir un sucesor dentro del núcleo familiar. De ahí la perpetuidad de las creencias y prácticas vodúistas en Cuba.

Como las creencias en el Vodú se fundamentan en los poderes de las fuerzas existentes en la naturaleza, son en ellas donde vamos a encontrar los elementos religiosos que la conforman. De ahí el poder sobrenatural, por ejemplo, que adquiere la serpiente dentro del culto. Cuestión esta que en Cuba encuentra su símil con los practicantes de la Regla Conga o Paleros. Así como también que las ofrendas, sacrificios, danzas e invocaciones religiosas se realicen en un lugar donde se esté en contacto directo con la naturaleza, realizándose los conjuros de mayor importancia en el monte.

Otro ejemplo en cuanto a aproximaciones entre vodúistas cubanos y paleros se aprecia en el valor que se le da al muerto o espíritu dentro de la ceremonia ritual, el que necesita ser llamado por un

⁹ Ver Revista del Caribe No. 11. Artículo "Una ceremonia del culto Rada: el loa blanche" por José Millet y Alexis Alarcón, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1988. Pág.77

nombre individual para que, según sus creencias, se reconozca y acuda “personalmente” a trabajar bajo las órdenes de su dueño o poseso.

Dentro de la práctica vodúista en Cuba se pueden citar múltiples ejemplos de similitudes entre esta expresión religiosa y otras de origen africano que se practica en el país. La equivalencia o cercanía se ha establecido sobre la base de aspectos externos. No existe una identificación plena entre las deidades de esta expresión religiosa y otras de origen africano que se practican en nuestro país, por ello se utilizó el término cercano al referirnos a su similitud.

En este sentido tenemos:

- Ercilí o Erzulú: Representa el amor, se acerca a la representación simbólica de la Virgen María en el culto católico y con Yemayá y Oshún en la Santería Cubana. Espíritu marino.
- Legbá: Figura muy parecida a San Lázaro, cojea y lleva muletas. Pertenece al grupo de los loas de los caminos y las encrucijadas, se le identifica en algunos lugares con Eshu, doble espiritual de Eleguá.
- Ibo: Más cercano a la figura de Santa Bárbara o al oricha Changó.
- Marassás: Se acerca a los Ibeyis, jimaguas de la Regla Ocha.
- Criminel: Personalidad más cercana a Ogún. En algunos lugares se identifica con Changó.
- Guedé: Forma el grupo de divinidades de la muerte y los orichas del cementerio o enterradores. Más cercano a Ikú.

Como se observa, sin llegar a ser idénticas las divinidades en el panteón Vodú de las comunidades haitiano- cubanas cumplen funciones religiosas lo mismo que en el panteón yoruba y en el congo. Aspectos que mantienen unidas las diferentes comunidades haitiano- cubanas de la zona oriental del país.

En la actualidad, se refuerza el rescate sociocultural de este sector poblacional con el respaldo estatal. Por su parte, la comunidad de descendientes haitianos está realizando un trabajo serio al poner al servicio de la sociedad su cultura, elemento que durante más de seis décadas han guardado como un tesoro entre los inmigrantes que se quedaron unos por necesidad, otros por amor, pero todos cautivados por el encanto de esta su segunda patria caribeña.